

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.  
 POR TRES MESES... 40  
 POR UN AÑO... 40

# LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 42 RS.  
 POR SEIS MESES... 24  
 POR UN AÑO... 50

## CAUSA CONTRA JESUCRISTO.

Nada tan oportuno en la época presente como el extracto que damos del proceso de Jesus, testimonio deshonroso, y monumento eterno de la arbitrariedad de los magistrados de Judea, y de la debilidad del presidente que la gobernaba. Enemigos aquellos de Jesucristo, cuya moral escuchaba entusiasmado el pueblo, arrancaron a Pilato la sentencia de muerte, que en vano procuraron, acusando al Nazareno de blasfemia. Presentado como reo de estado, fué sacrificado Jesus al principio de autoridad, con infracción de las leyes que consagraban el derecho de defensa.

Mas bien que proceso debe llamarse la pasión de Jesucristo, porque no fué juzgado, sino que padeció, *passus est*. Véase en él al justo vendido por uno de sus discípulos que había ganado la policía de los sacerdotes, perseguido por el espíritu de secta, peor todavía que el espíritu de partido; desenvuelta la política rencorosa de los pontífices judíos, el orgullo de los fariseos, y la cólera de los escribas. Acusado sin ser defendido, condenado sin pruebas y muerto afrentosamente, las almas sensibles, sea cualquiera su religión, se contristan a vista de tanta iniquidad, de padecer tan intenso; y los cristianos lloran al contemplar tan grande y tan innecesario sufrimiento.

Para demostrar los vicios y nulidades de la causa, consideremos al hijo de Maria como le consideraron sus verdugos, como hombre, y veamos si fué juzgado conforme a la ley y a las formas que entonces regían.

Conquistado por los romanos, el pueblo antiguo de Dios, gemía bajo el imperio de Cesar. Deploraba Jesucristo las desgracias de su patria, y recomendaba la unión de sus conciudadanos, que por ello le querían. Afectado por la miseria del pueblo, Jesus le consolaba con otra vida; y era el terror de los poderosos y de los ricos, el juicio final que predicaba. Envilecido el hombre por la tiranía, le hizo comprender su dignidad. Conmovían sus palabras, instruía su moral, predicaba y ejercía una virtud sublime, la caridad; y seguido de la multitud, escitó su prestigio la envidia; alarmáronse con su doctrina los partidarios de la antigua teocracia; los principes de los sacerdotes vieron su influjo amenazado; sintióse humillado el orgullo de los fariseos; los escribas vinieron en su socorro, y la perdición de Jesus quedó resuelta.

Al efecto, «como ellos solo buscaban ocasiones de perderle, le enviaron hombres apóstatas, dice San Lucas, que aparentaban ser gente honrada para sorpren-

derle en sus palabras, si se le escapaban contra los magnates y el gobierno a fin de entregarle al magistrado y al poder del gobernador.»

Si era culpable su conducta, si motivaba una acusación legal ¿por qué no producirla? ¿por qué apelar a miserables subterfugios, al ardid y a la perfidia?

Sin éxito esta maniobra, «los principes de los sacerdotes y los fariseos, dice San Juan, se reunen y dicen entre sí.—¿Qué hacemos? este hombre ha obrado

los principes de los sacerdotes se juntaron en la sala del gran sacerdote, y que tuvieron consejo.—¿Y cuál fué su resultado? ¿Acaso un mandamiento de presentación contra Jesus para oírle y juzgarle?—No, acordar los medios de apoderarse de Jesus por dolo, y matarle.—Este dolo fué el pacto de los sacerdotes judíos con Judas.—¿Qué me dais y os le entregare? les dice, segun San Mateo. Y tratando con él, convinieron en darle 30 piezas de plata. Sabiendo Jesus la traición de este discípulo,

se la significa con dulzura, en la cena, donde la voz de su maestro en presencia de sus compañeros hubiera debido hacerle arrepentir. Pero en vano: sin ver mas que su vil salario, pónese a la cabeza de una turba de sirvientes del gran sacerdote, dándoles a conocer la persona de Jesus por medio de un ósculo, signo convenido para consumir su perfidia.

Era de noche... Después de la celebración de la cena, había Jesus conducido a sus discípulos al monte de las Olivas. Allí oraba con fervor, y estos dormían. Jesucristo les despierta, repréndelos dulcemente su debilidad, y les advierte que llega su hora.—Levantáos, vamos, ved que se aproxima el que me ha de entregar. Llegaba en efecto Judas con numeroso acompañamiento de sirvientes, y al ver aquellos que nada legítimamente tan violenta agresión, preparábanse a rechazar la fuerza con la fuerza, recibiendo Malco, sirviente atrevido de Caiphás que se lanzó contra Jesus, un golpe de Pedro que le cortó la oreja derecha.

La resistencia hubiera podido proseguir con suceso, si Jesus no se hubiera opuesto a ella inmediatamente. Mas la prueba de que Pedro aunque hizo correr sangre, no había resistido a la autoridad, se halla en que no fué detenido sobre la marcha, ni después en casa del gran sacerdote, en donde siguió a Jesus, solo Jesus fué detenido; y sin embargo de que ni opuso resistencia, antes deshizo la de sus discípulos, fué atado como un malhechor, despojando en esta vejación un alarde de rigor innecesario.

Llévanse con violencia a Jesus, y en lugar de conducirlo ante el magistrado, le llevan a Annás, sin otro carácter, dice San Juan, que el de suegro del gran sacerdote. Otra vejación. De casa de Annás

quedándose en el patio a merced de los domésticos que «se mofaban de él golpeándole, y habiéndole vendado los ojos, le herían en el rostro, y le decían, ¿adivinas quién te ha dado? Llenándole de injurias y blasfemias.» (San Lucas). La ley prohibía proceder de noche, y en esto, patente está otra infracción de ley.

Ya había cantado el gallo. No era, sin embargo, de día. «Los ancianos del pueblo, los principes de los sacerdotes y los escribas se congregaron, y habiendo he-



AL PIE DE LA CRUZ.—Copia del cuadro de Mr. Lehmann.

muchos milagros; y añadieron, si le dejamos hacer, todos creerán en él.

«Uno de ellos, el gran sacerdote Caiphás.—Vosotros ignorais, les dijo, lo que hay en esto, y no considerais que os conviene que un solo hombre muera por el pueblo, y profetizó que Jesus debía morir por la nación judaica.» (San Juan). Animados de un odio violento contra Jesus, «no pensaron mas que en encontrar el medio de quitarle la vida.» (El mismo).

Refiriendo San Mateo los mismos hechos, dice, que



cho comparecer á Jesus, procedieron á su interrogatorio. (San Lucas). Es de notar que ni aun de día pudieron en aquel proceder contra Jesus, porque se celebraba la Pascua, fiesta la mas solemne de todas, y era nulo todo procedimiento.

¿Y quién interroga á Jesus?—Precisamente el mismo Caiphas, recusable sin género de duda, toda vez que le habia acusado. Aun antes de haberle visto ni oído, ya le consideró digno de muerte.

En vez de preguntar á Jesus, (dice Mr. Dupin) acerca de hechos positivos y circunstanciados, sobre hechos personales, le interroga, sobre hechos generales, sobre sus discípulos, que era mucho mas sencillo citar como testigos, y sobre su doctrina, que solo era una abstraccion en tanto que no se dedujera de los actos exteriores. «Yo he hablado, responde Jesus con dignidad, publicamente á todo el mundo; yo siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, en donde se reunen todos los judios, y nada he dicho en secreto. ¿Por qué, pues, me preguntais? preguntad á los que me han oído para saber lo que yo les he dicho. Esos son quienes saben lo que he enseñado.» ¡Respuesta digna de su sabiduría! Apenas habia acabado, cuando uno de los ministros le dió una bofetada, diciéndole. —¿Así respondes al pontífice?—Si he hablado mal, decidme en qué? ¿Mas si he hablado bien, por qué me herís?—Irresistible dilema!... Volviendo al atentado de la bofetada, ¿cuánto no dice contra el consejo, sobre quien recayó, no reprendiendo á su autor!

«Buscábanse disposiciones contra Jesus, y no las encontraban. Muchos daban contra él testimonio falso, pero no estaban conformes. Algunos manifestaron haberle oído decir: yo destruiré este templo edificado por la mano de los hombres, y en tres días edificaré otro que no sea hecho por mano de hombre. Pero aun sobre este punto no concordaban sus deposiciones.» (San Marcos).

Necesario era, por tanto apelar á otros medios. Entonces el gran sacerdote, levantándose, dice á Jesus: «¿Nada respondes á lo que estos dicen contra tí? Y Jesus nada respondió.» Se trataba de un templo ideal, cuya esplicacion se hallaba en la deposicion misma.

—Conjurote por el Dios vivo, continua el sacerdote, nos digas si eres el Cristo hijo de Dios.—*Tu dixisti ego sum*—responde Jesus. Desgarra entonces sus vestidos el gran sacerdote, diciendo:—Blasfemó. ¿Qué necesidad tenemos de mas testigos? ¿No acabais de oírlo? ¿qué pensais de esto?—y respondieron: Merece la muerte: reus est mortis.

No habrán dejado de reparar nuestros lectores (diré con Mr. Dupin) la grave infraccion de aquella regla de moral y de jurisprudencia que prohibe colocar al acusado entre el peligro del perjurio y el temor de acusarse á sí propio y de empeorar su situacion, la falta de respeto del juez hebreo para con el acusado, herido impunemente, á su presencia, y su parcialidad y apasionamiento. Un juez que se irrita, que se arrebató hasta el punto de desgarrar sus vestidos, que impone al acusado un juramento terrible, y que acrimina su contestacion diciendo ¡ha blasfemado! que desde entonces no quiere pruebas que la ley exige, que no formaliza el procedimiento supliéndole por medio de interrogatorios capciosos, no es juez, es un malvado.

«Entonces, dice San Mateo, le escupieron á la cara, y le dieron de puñadas, y abofetearon, diciendo; profetizanos quién es el que te ha herido.»

Tales escenas, atentados tan lamentables, no reprimidos por Caiphas, que á su investidura de gran sacerdote reunia la presidencia del consejo, califican la persecucion de Jesus.

Administraba Pilato la Judea en nombre de César Augusto, y él solo tenia el derecho de sentenciar á muerte, derecho de que Roma habia despojado al pais, y se habia reservado como principal atributo de la soberania. Sujetos á los romanos, los judios carecian de jurisdiccion criminal. Por esto es que piden á Pilato la condenacion de Jesus.

**Acusacion ante Pilato.** Las nulidades, vicios, y violencias puestas de manifesto, nada son comparadas con el desencadenamiento de pasiones que va á manifestarse ante el juez romano para arrancarle la sentencia de muerte.

Luego por la mañana, los principes de los sacerdotes con los ancianos y los escribas, y todo el consejo, condujeron atado á Jesus, al Pretorio donde vivia Pilato. Sale, y—¿Cuál es el crimen; les dice, de que acusais este hombre?—Si no fuese un malhechor, no le entregaríamos,—responden con su orgullo acostumbrado, dando á entender que tratándose de blasfemia, era una causa de religion, que ellos podian apreciar mejor. Resentido, empero, el romano de una pretension que tendia á restringir su competencia, haciéndole instrumento pasivo de la voluntad de los judios, les contestó irónicamente.—¡Bien! puesto que decis que ha pecado contra vuestra ley, juzgadle segun ella.—Pero como carecian de facultades para condenarle á muerte, como deseaban, les fué preciso someterse á Pilato, y deducir ante él la acusacion.

¿Y cuál fué? La de blasfemia, hecha por Caiphas ante el Consejo de los judios? nada menos que eso. ¿Qué habrian adelantado con presentar una causa de religion á los romanos que la profesaban distinta? Por eso es que inventa su maldad un medio seguro de alcanzar su rencoroso propósito contra el que habia herido de muerte su prepotencia sacerdotal; y cambiando de sistema, desisten de su primitiva querrela, y presentan á Jesus como un trastornador del orden público, como un reo de estado, como en elemento peligroso y disolvente. Aquí descubren

á las claras su perversidad los delatores de Jesus: del todo preocupados con la idea de deshacerse á toda costa y por cualquier medio, detan temible aunque tan pacífico adversario, no se muestran ya vengadores de su religion, de suculto amenazado, no les anima ya, ni les disculpa un tanto un celo estraviado, ni el fanatismo de sus creencias, sino que dejando de ser judios para afectar sentimientos estrangeros, estos hipócritas solo se muestran ocupados en favor de los intereses de Roma, que les oprimia, acusando á su compatriota de querer restaurar el reino de Jerusalem y de hacerse rey de los judios, y de sublevar el pueblo contra los conquistadores.

«Comenzaron á acusarle, dice San Lucas, manifestando:—Hemos hallado á este hombre que pervertia nuestra nacion, é impedía pagar el tributo á César, y diciendo que él es el Cristo-rey.

De cuantas calumnias podian ocurrirse á la perversidad de sus enemigos, ninguna tan evidente como esa. Jesus impedir se pagase el tributo á César. ¿Pues qué, no habia predicado públicamente *dad al César lo que es del César*?... Pero así se interesaba en el negocio á Pilato, que por su calidad de *Procurador del César*, tenia la facultad de cobrar los impuestos, y se le comprometia presentando al hijo de Maria con pretensiones soberanas.

Variado astutamente el carácter de la acusacion, y convertida en política, Pilato se vió en la necesidad de conocerla.

Entra, pues, en el Pretorio (lugar destinado á la administracion de justicia), hace comparecer á Jesus, y le pregunta segun San Juan: «¿Eres tú el rey de los judios?»

Esta pregunta tan diversa de las que le habian sido hechas, no hace perder la serenidad á Jesus, y contesta con esta otra pregunta:—¿Eres tú el autor de esta pregunta, ó son otros los que te han dicho esto de mí?

En efecto, Jesus deseaba conocer, ante todo, los autores de esta nueva acusacion, como quien dice; ¿es esta una acusacion dirigida contra mí por los romanos ó por los judios?

Pilato le replica:—Por ventura, soy judío?... Los de tu nacion y los principes de los sacerdotes te han puesto en mis manos ¿qué has hecho?

Aumentase el interés del procedimiento. Ante Pilato no se vé parte legitima, no se ha llevado juicio alguno, se presenta una acusacion capital, verbal, incipiente; pues que dice al acusado Pilato, ¿qué has hecho?

Conocido de Jesus el origen de la acusacion, y el pensamiento en ella dominante, y el camino por el que sus enemigos proponian deshacerse de él, dijo á Pilato:—*Mi reino no es de este mundo*; si lo fuese, habrian combatido los míos para impedir que yo cayese en manos de los judios.—(Y efectivamente, hemos visto que Jesus habia prohibido á sus gentes la resistencia.)

Esta respuesta de Jesus es muy notable, pues ha llegado á ser el fundamento de su religion, y la prenda de su universalidad, puesto que no afecta los intereses de ningun gobierno. Esta respuesta no es solamente la asercion de una doctrina, sino que fué dada como justificacion y defensa contra la acusacion de querer ser hacer rey de los judios. Porque á la verdad, si hubiese afectado un reino temporal, si hubiese habido la menor tentativa de su parte para usurpar de cualquier modo el poder de César, hubiera sido reo de lesa magestad á los ojos del juez. Mas respondiendo por dos veces mi reino no es de este mundo, es completa la justificacion.

Pilato insiste, y le dice:—¿Luego tú eres rey?—Y Jesus le replica:—Tu eres el que dices que soy rey. En cuanto á mí, yo he venido al mundo para dar testimonio de la verdad. Cualquiera que pertenezca á la verdad, escucha mi voz.—¿Qué cosa es la verdad?—le interroga Pilato; y por último, satisfecho de la inocencia del que se le presentaba como conspirador, sale á encontrar á los judios y les dice: *Yo no encuentro en este hombre crimen alguno* (San Juan) y queda absuelto Jesus.

Frustrado el designio execrable de los descontentos —El tiene alborotado, exclamaron, al pueblo con las doctrinas que difunde por toda la Judea. El subleva el pueblo!—Y varia la cuestion, por que ya es Jesus acusado como sedicioso.

Pero notemos bien estas palabras, por la doctrina que enseña; he aquí manifesto en su horrible desnudez el motivo de tan cruenta persecucion, el grande agravio de los sacerdotes judios. Esto quiere decir en su lógica: abre los ojos al pueblo, predica doctrinas que no son las nuestras, y le conquista su afecto. ¡Subleva el pueblo! significa segun ellos que le oye el pueblo con placer, que le sigue, y le cobra cariño porque su doctrina le consuela y anima, por que arranca de su ofuscada vista la densa venda que le encubre el orgullo de sus dominadores, su avaricia, y su espíritu insaciable de opresion: porque predica la igualdad del hombre.

No daba Pilato grande importancia á esta nueva faz de la acusacion, y deseoso de evadirse del compromiso en que le ponía la tenacidad de los verdaderos sublevados, aprovechó al punto la ocasion que se le presentó de echar sobre otro la responsabilidad. Habia oído que habia nacido Jesus en Galilea, y confirmada esta circunstancia por el dicho de este, le consideró sujeto á la jurisdiccion de Herodes-Antipas, tetrarca de Galilea, y le remitió á él. (San Lucas.)

Mas Herodes que, como afirma este evangelista, deseaba mucho hacia conocer á Jesus, y verle hacer milagros, despues de haber satisfecho su vana curiosidad, y de haberle dirigido algunas preguntas, que no fueron contestadas, á pesar de la presencia de los sacerdotes

que no se habian separado de su victima, y de su obstinado empeño en acriminar al hijo de Maria, Herodes, repito, no viendo nada de real y positivo sino una empuja en aquella acusacion política, la hizo un asunto de diversion, y devolvió el acusado á Pilato, vestido de una ropa blanca, significando así que el pretendido rey le parecia mas digno de risa que de temor.

Ya lo hemos visto: nadie quiere condenar á Jesus ni Herodes que solo habia visto en él un objeto de burla, ni Pilato que habia declarado pública y solemnemente, que ningun crimen hallaba en él.

Pero el odio sacerdotal no estaba desarmado, pedía y necesitaba la sangre del que abría los ojos del hombre á la verdadera luz, del que le arrancaba al yugo de sus impostores. Por esto es que, sin cejar de su propósito, acompañados los principes de los sacerdotes de numerosos partidarios, tornaron en tumulto á Pilato, resueltos á intimidarle para que accediese á su depravado designio.

Escúchales de nuevo el juez romano, y trata de desarmar la ira de aquellos sin llevar las cosas al último extremo, hablandoles de este modo:—Me habéis presentado á este hombre como pervertidor del pueblo, y sin embargo, habiéndole interrogado á vuestra presencia, no le he hallado culpable de ninguno de los crímenes de que le acusais, ni Herodes tampoco, pues habiéndolo yo remitido á él, no le ha juzgado digno de muerte. Voy, pues, á soltarle, despues de haberle hecho castigar.—(San Lucas.) Y mandó azotarle.

Fué una crueldad, creyéndole inocente; pero la imparcialidad exige se considere mas bien como una condescendencia, á beneficio de la cual esperaba calmar la exasperacion de aquellos enérgimenos, como un medio de salvarle (como dice San Juan), y en esto es digna su buena intencion de aplauso. Injusta esta disposicion, tendia á impedir todo procedimiento ulterior, poniéndole término. Así que, pareciéndole haber hecho lo suficiente para desarmar la cólera ciega de los acusadores, se le mostró en tan triste estado, diciéndoles *Ecco Homo*.

Pero la perfidia de los enemigos de Jesus inutilizó el buen deseo de Pilato.—Si le sueltas, exclamaron, no eres amigo del César, porque todo el que se titula rey se declara contra César.—Esta salida inesperada decide la suerte de Jesus.

Pilato no era un perverso, como hemos visto en sus esfuerzos por salvar á Jesus. Pero era funcionario público: le convenia conservar su alta posicion, se le intimidó con gritos que ponian en duda su fidelidad al emperador, temió y cedió, y amedrentado, sube á su tribunal, disponiéndose á pronunciar nuevo fallo como si se hubiesen producido pruebas.

Todavía le detiene el grito de su conciencia, su mujer le dice:—No te comprometas en el negocio de este justo;—y apela á otro recurso procurando decidir al populacho aceptase á Barrabás en lugar de Jesus.

«Pero los sacerdotes escitaron, dice San Marcos, al pueblo para que pidiese mas bien la soltura de Barrabás;» [de Barrabás! ¡asesino!

Todavía les dice Pilato.—¿Pues qué queréis que haga de Jesus?—*Tolle, tolle, crucifige*,—gritan.—¿Hé de crucificar á vuestro rey?—les repone Pilato con objeto de aplacarles con estos términos burlescos; pero ellos mostrándose entonces mas romanos que Pilato, le responden con hipocresía:—Nosotros no tenemos otro rey que César (San Juan.) Y gritan de nuevo *crucifige, crucifige*. Y estos clamores se hacian mas y mas temibles, dice San Lucas.

Al fin, anteponiendo Pilato su bien á su deber, y visto lo infructuoso de todas sus tentativas por evitar el duro trance de la muerte de Jesus, que ningun influjo podia ganarse sobre aquella turba fanatizada, y que ellos bien crecia mas y mas el tumulto, reclama la atencion de la multitud, y se dispone á pronunciar sentencia, si merece tal nombre un acto de temor y debilidad impuesto por la muchedumbre, sin la libertad necesaria en el que la dicta, sin que nuevos testigos, sin que nuevos documentos, hayan venido á variar su opinion, una y otra vez declarada, de la inocencia de Jesus.

Pide agua Pilato, y lavándose sus manos delante de todos:—*Estoy inocente*, les dice, *de la sangre de este justo, vosotros sereis de ella responsables*.—Y accedió á su peticion, entregándole á sus enemigos para que le crucificasen.

Corramos un velo sobre los inicuos tratamientos á que se entregaron estos, ensañándose con el sacrificio, sobre las horribles vejaciones que sufrió, y de que debiera haberle preservado el que mandaba á nombre de Roma, siquiera por decoro de la reina del Orbe, ya que no á la humanidad y al respeto que se debe á la justicia, que nunca debe presentar el gobernante cruel sino severa, nunca vengadora sino imparcial. Los últimos momentos del que mas beneficios procuraba al género humano, del que habia venido á redimir el mundo, fueron acompañados de todo género de vejaciones, de todo género de ultrajes y de injurias; vejaciones, ultrajes é injurias que no terminaron con su ejecucion. Sobre la misma Cruz rogaba Jesus al Eterno por sus verdugos, que apellidaba hermanos, y allí mismo recibia insultos que cubrieron de ignominia al que debió evitarnos, al que se creyó exento de culpa, lavando sus manos teñidas en sangre inocente, como si fuese menos culpable cediendo por debilidad á una exigencia popular, que condenando á Jesus con resuelta mala voluntad. Así lo ha comprendido la iglesia, que viene repitiendo por tantos siglos, *padeció bajo el poder de Poncio Pilato*. Su nombre ha pasado al través de tantas generaciones, para servir de leccion á los jueces co-



hardes, para ponerles de manifiesto la ignominia de ceder contra la propia convicción. Verdad que tal vez plegaba su vida: pero aun cuando así fuese, vale mas recibir que dar la muerte. De todos los funcionarios, ninguno necesita mas que el juez entereza y valor para saber morir, si es preciso, en cumplimiento de su deber, en holocausto de la justicia, á la que todo se debe sacrificar.

Era costumbre entre los romanos poner sobre la cabeza de los crucificados un rótulo, extracto de su sentencia, para notoriedad de su crimen, y siguiéndola hizo Pilato inscribir en lo alto de la cruz las palabras, *Jesus Nazarenus Rex Judeorum* representadas por sus iniciales J. N. R. J.

Los principes de los sacerdotes, á cuya perversidad nada se ocultaba, todavia tuvieron que decir de estas palabras, temiendo se tomasen como afirmativas, y pretendieron que se dijese que él se llamó rey de los judíos. Pero Pilato, *quod scripsi, scripsi*, replicó resistiéndose á esta exigencia.

Victima de una acusacion politica, pereció Jesus por el crimen imaginario de haber querido atentar contra el poder de César, titulándose rey de los judíos. Acusacion tan destituida de fundamento como absurda, en que jamás creyó Pilato, y que tampoco creyeron los mismos que le hicieron este cargo, tan distinto del primero, y que improvisaron en casa de Pilato, viéndole tan indiferente en materia de religion, y creyendo escitar su celo por el César, llevó á la muerte al Redentor del mundo para que se cumpliese la voluntad de Dios. *Si hunc dimittis, non es amicus Caesaris*: ¡si le sueltas, no eres amigo del César! Palabras terribles que han resonado tantas veces en los oídos de jueces meticulosos, que á ejemplo de Pilato han sido criminales entregando débiles las víctimas, que á escuchar los gritos de su conciencia jamás habrían condenado.

Volviendo á la primitiva asercion ¿no está demostrado que Jesus, considerado únicamente como hombre, no fué juzgado con arreglo á la ley?

Dios en sus eternos designios, dice Mr. Dupin, de quien tanto hemos tomado, ha podido permitir que sucumbiese el justo á la malicia del hombre; pero ha querido que se realizase ofendiendo todas las leyes, traspasando todas las reglas, á fin de que el desprecio absoluto permaneciese como primer indicio de la violacion del derecho.

Vosotros, diré á los paganos, que habeis alabado la muerte de Sócrates, ¿cómo no admirareis la muerte de Jesus! Censores del Areópago, ¿cómo podreis acometer la empresa de escusar á la sinagoga, y justificar al Pretor? La filosofía no ha vacilado en proclamarlo, y débese repetir con ella: «Si la vida y la muerte de Sócrates, son de un sabio, la vida y la muerte de Jesus, son de un Dios.»

El grabado que acompaña á este artículo, copia de un cuadro de Mr. H. Lehmann, es de aquellos que no necesitan explicacion; artistas muy célebres habian reproducido en el lienzo la escena del descendimiento, pero ninguno habia pintado, al menos que sepamos, ese terrible momento de la pasion en que descolgado de la cruz el cuerpo de Jesucristo, dos hombres le conducen al sepulcro, y la madre de Dios Salvador cae desfallecida en los brazos de las santas mugeres. La figura de Maria reasume todos los dolores maternales; es la *Mater dolorosa* del *Stabat*, y sin embargo no llora porque no tiene esperanza; la separacion de su hijo le ha robado el valor y la fe y solo la nueva de la resurreccion puede sacarla de tamaño abatimiento. Los otros personajes están agrupados con notable acierto; la Magdalena sobresale entre ellos por su actitud y expresion. En tanto que Maria, que ama á Jesus sobre todas las cosas, como ama á su hijo una madre, cae sin fuerzas al ver desaparecer su cuerpo, Magdalena se mantiene de pie para seguir este cuerpo adorado, porque Magdalena no puede sentir un dolor igual al de Maria; en estas distinciones que tan perfectamente marcan las figuras del grupo, se reasume todo el mérito del cuadro, uno de los mas notables presentados en la exposicion de Paris de 1848.

## MODAS.

Hablar de modas á una hora dada, en un tiempo fijo en que la moda permanece en reposo, viviendo sobre lo pasado, esperando el porvenir que le promete una nueva estacion, es, como conocerán nuestras amables lectoras, una tarea difícil, en la que se hace necesario insistir sobre lo ya conocido, entrar en lijeros detalles y en minuciosas investigaciones, ya que la falta de materiales presentes no permite por ahora dar á conocer grandes novedades, ni señalar las modas que comienzan. Afortunadamente esta revolucion se verificará bien pronto con el influjo de las templadas auras de abril, y dentro de pocas semanas las novedades parisenses habrán invadido los almacenes de Madrid, y la novedad será objeto de los mas animados debates en el inmenso almacén de la calle del Carmen y en casa de Madama Chavany, Camila, Bernós, y tantas otras, cuyos nombres resuenan con aplauso en las discusiones femeninas.

Por ahora, y en tanto que llega la nueva moda con

el reinado de la estacion nueva, recordemos aun por un instante el invierno que acaba de espirar. Sometámonos á su dominio, que de ordinario se prolonga algunas semanas despues del 24 de marzo; mezclemos las modas de la estacion fria con las que se preparan para el buen tiempo. Hoy, por ejemplo, bien podemos recomendar como muy elegantes y de muy buen gusto algunas manteletas y ligeras capotas para la primavera, y hablar al propio tiempo de los adornos de *soirée*, siquiera porque nuestras suscriptoras tengan el gusto de saber como se viste para los bailes en Paris, ya que aqui, donde no los hay, no se viste de ninguna manera. Esto les podrá interesar tanto mas, cuanto que muchas de ellas se preparan acaso para concurrir á la exposicion de Londres, donde, segun nuestras noticias, las parisenses piensan pasar las noches bailando, para desquitarse de la tristeza que por el dia les han de causar las espesas brumas del Támesis.

Enlazaremos, pues, en esta revista las modas de primavera y las del invierno; las venideras y las pasadas; los primeros rayos del sol que amanece, con los últimos fulgores de la lámpara nocturna que se estingue.

Y este enlace no es ni caprichoso, ni injustificado, ni fuera de propósito; porque al fin del invierno, los adornos de baile aparecen mas pomposos, mas lijeros, mas encantadores que al principio de la estacion.

Hablaremos, pues, de trages de baile, aunque en Madrid no se baile. Todo por supuesto con los últimos datos y las noticias mas recientes que recibimos de Paris.

Estílanse mucho ahora en esta capital las dobles faldas de tafetan chineco, con flores vivas sobre fondo blanco ó gris muy bajo. Los trages tienen todos un aspecto de juventud que anuncia la primavera.

Las jóvenes llevan dobles faldas de tul con un largo dobladillo ó bastilla; y tambien estas mismas dobles faldas de crespón abastilladas y recogidas hácia el lado derecho sobre la primera falda por un ramillete de rosas reales, de vellosillas, de lirios de los valles, ó de florecitas de lis de agua ó lilas blanco sin hojas.

Una preciosa novedad acaba de hacer su aparicion en las reuniones de confianza; es una linda de gaza con flores, especie de tafetan blanco con lijeros bordados de lana de color. Cubren el fondo guirnalda de las flores mas delicadas, en tanto que los volantes están guarnecidos de ramilletes, hojas, y aun las mismas guirnalda, hechas en mayores proporciones. Es lástima que tan interesante novedad no se haya dado á conocer hasta el fin del invierno.

Por mucho tiempo se han gastado faldas dobles, y aun triples; ahora no basta este número, y es necesario llevar cinco. Cinco faldas de tul, todas adornadas con buches cortados á pico, guarnecidos con cinta. Pero eso es monstruoso, dirán sin duda nuestras elegantes; no en verdad, no es sino muy lindo, porque las cinco faldas no llegan hasta la cintura, lo cual sería bastante voluminoso y muy desgraciado. La primera y la última son las que salen del cuerpo; las restantes caen como volantes unas sobre otras, si bien son anchas y fruncidas, como verdaderas faldas.

Los diamantes se colocan entre las flores, y disputan el paso hasta á las guirnalda, que son todas de brillantes. Asi, cuando se quiere llevar estos en escaso número, no hay mas sino entrelazarlos con flores ó con hojas. El modo como ahora se montan las piedras preciosas, es muy cómodo para pasarlas de un adorno á otro, y aun para hacerlas aparecer como alhajas distintas, porque las flores se separan, y las espigas se aumentan ó disminuyen á voluntad de la persona que las lleva. Asi una señora puede llevar hoy un ceñidor de brillantes; colocarlo mañana en piezas sueltas, en escala descendente por toda la abertura del cuerpo, y despues en collar, en alfileres de pecho, en brazaletes, etc. Todo se desprende, se vuelve á juntar, y se une ó separa conforme al capricho y á las exigencias de la toilette.

En Paris han comenzado los conciertos con gran furor. Los primeros se han inaugurado con un lujo y una elegancia fastuosa. Casi se llevan los mismos adornos para un concierto que para un baile, salva la diferencia de las telas de los vestidos, que todas son de droguete, tafetan antiguo, moaré, raso y rico damasco.

Al paso que hay muchos bailes y conciertos, en Paris se cuentan tambien muchos matrimonios, que suministran asunto y muy predilecto, para la moda.

En el último artículo que consagra á esta materia un acreditado periódico parisense, de donde tomamos estas noticias, se ve un lindo figurin que representa una interesante beldad, ataviada con el traje nupcial.

Lleva una guirnalda de flores blancas, que forman un grupo por cada lado, por entre el hueco de las cosas. Un velo de encaje de aplicacion de punto de Inglaterra, con el fondo de guirnalda, y muy lleno de dibujos. Trage de rico moaré, espolinado, con falda lisa, cuerpo abierto por delante, con una solapa de encaje; por la parte baja del cuerpo hay una faldita formada por otro volante de encaje. Esta faldita, alta por la parte de detrás hasta unos treinta centímetros con corta diferencia, disminuye por delante hasta quedar en diez. Las mangas están guarnecidas con dos vuelos de encaje, sobrepuestos con un fruncido de cinta de seda. El camisolín, que sube hasta el cuello, es de entredos de Malinas con volantes del mismo encaje.

Otro figurin nos trae el mismo periódico que representa un traje de calle en la forma siguiente: la tela es un droguete azul Napoleon, y el cuello lleva unas falditas ó dedillos. Las mangas, casi juntas por arriba, son anchas por abajo, y tienen por un lado tres cortaduras guarnecidas como las falditas, y tres volantes guarne-

cidos con un fruncido de cinta de seda: esta cinta tiene una orilla mate muy marcada. Los volantes están cortados á pico. Las manguitas llevan dos encages de punto de Inglaterra.

«Puesto que hablamos de trages nupciales (dice el periódico á que aludimos), y con ellos se vienen naturalmente á la imaginacion las mil maravillas de la moda que el matrimonio trae consigo, no pasaremos en silencio la suntuosa habitacion que debe ocupar la señorita M... en el momento de contraer su matrimonio.»—No conocemos nosotros á la señorita M..., como podrán calcular nuestras amables lectoras; pero es tan novelesca y romántica la pintura de su cuarto nupcial, que no podemos resistir al deseo de trasladar aqui la descripción del periódico parisense.

Desde que se entra por la puerta principal, se respira un aire embalsamado de flores: naranjos, colocados al pie de la escalera en cajas charoladas con barniz de la China, entrelazan sus odoríferas ramas por los lujosos pasamanos de cristal de la suntuosa escalera. De la bóveda de la meseta se desprende una luz radiante, que despiden unos enormes globos de cristal que penden de gruesas cadenas.

Las chimeneas de los primeros salones estan llenas de preciosas porcelanas, de flores raras, de bronce curiosos.

El salon principal está adornado con molduras de oro en todas las esquinas y marcos de las puertas: toda la tapiceria es de droguete de Lyon, fondo blanco, con hermosos ramilletes y guirnalda encarnadas y color lila, y los muebles de la misma tela recamados en oro. En otros salones la tapiceria es de tela de lana, fondo floreado, con cortinas de terciopelo y cortinillas de resorte de blonda de seda. Los muebles esparcidos por medio de la habitacion estan adornados con caprichosas figuras de bronce dorado y sostienen deliciosos grupos de porcelana de Sévres.

El comedor es todo de china y cuero de Rusia. La alcoba nupcial es de moaré lila de Persia con guarniciones rizadas de seda blanca.

El tocador es de raso color de mahon y sus muebles de madera blanca, con adornos de seda color de violeta.

Hasta aqui la descripción del periódico parisense. Por lo que hace á esta moda, creemos que de muy buena gana entrarán en ella todos los recién-casados, cuando se hayan explotado algunos años las minas de California.

## LA JUVENTUD DE LOS MOSQUETEROS.

Drama en cinco actos y un prólogo

POR A. DUMAS.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR DON F. SEPÚLVEDA. (I)

(Continuacion.)

ACTO PRIMERO.

CUADRO TERCERO.

LA PLAZA DE LOS CARMELITAS DESCALZOS.

Lugar árido y solitario.—A un lado edificios antiguos sin ventanas.—Al otro un fondo vago de casas.

ESCENA I.

ATHOS.—ARTAGNAN.

ATHOS. (*Sentado sobre un guarda canton.*) Nadie. ¿Si vendrá mi gascon? esperemos.

ARTAGNAN. (*Llega sin aliento.*) ¡Ah! habeis sido el primero en llegar á la cita.... perdonadme he tenido que correr tanto.... para no encontrar nada.... ¡uf!

ATHOS. Aun no han dado las doce, caballero; no teneis por que apuraros.

ARTAGNAN. Oid.... ahora mismo están dando. (*Suenan las doce.*)

ATHOS. He querido que dos amigos me sirvieran de padrinos y los aguardo; pero entre tanto no veo á los vuestros.

ARTAGNAN. No los traigo.... porque.... no los tengo. Ayer llegué á Paris y no conozco á nadie, no conozco mas que al señor de Treville, y ese....

ATHOS. ¿Qué no conocéis á nadie? ¡Ah! ¡vive Dios! Quiere decir que si por desgracia os mato, voy á tener toda la traza de un infanticida....

ARTAGNAN. No caballero; yo soy el que os llevo ventaja, puesto que me haceis el honor de batiros conmigo, con una herida, que debe incomodaros demasiado.

ATHOS. ¡Oh! sí, demasiado por vida mia, me habeis hecho mucho daño.... pero si me canso con la mano derecha, tomaré la espada con la izquierda, esa es mi costumbre en semejantes casos.... ¡Oh! no creais que os dispenso ningun favor: lo mismo tiro con una mano que con otra, y la ventaja está de mi parte. Ya sabeis que un zurdo es un contrario terrible.

(1) Véanse los números 74 y 75.



ARTAGNAN. ¡Oh! señor, no os ocupeis de mí, os lo suplico, eso no vale la pena.... pensemos en vos.

ATHOS. ¿Queréis acaso confundirme? pero esos señores no vienen.... ¡Ah! ¡Ira de Dios! qué mal me habeis hecho.... la espalda me abrasa.

ARTAGNAN. Si me permitís, caballero; tengo un bálsamo milagroso para las heridas.... un bálsamo que hacia mi madre.... os daré un poco, y estoy seguro que en tres ó cuatro dias os hallais curado.

ATHOS. ¿Y bien?

ARTAGNAN. Al cabo de esos tres dias, cuando la herida no os moleste.... tendré á mucha dicha el batiros con vos.

ATHOS. ¡Pardiez! he ahí una propuesta que me agrada, porque es digna de un hombre de corazon.... Gracias, jóven; de aquí á tres dias, ya lo veis, el cardenal ó sus gentes sabrian que debíamos batiros y se opondrian á nuestro combate.... pero esos badulaques no llegan.

ARTAGNAN. Si teneis mucha prisa en despacharme, no aguardéis á que vengan, os lo ruego,

ATHOS. He ahí otra palabra que me agrada mucho.... está bien dicha y no le ocurre á un hombre sin talento. Caballero, á mí me gustan las gentes de vuestro temple, y si por fortuna no nos matamos hoy uno á otro, creo que he de tener mas tarde un verdadero placer en ser vuestro amigo.... Pero aquí está uno de mis padrinos.

ARTAGNAN. ¿Quién, el señor de Porthos?

ATHOS. ¿Os incomoda acaso?

ARTAGNAN. ¿A mí? de ningún modo.

## ESCENA II.

LOS MISMOS.—PORTHOS.—ARAMIS.

PORTHOS. ¿Qué es lo que veo?

ATHOS. Yo me bato con ese caballero.

PORTHOS. Yo tambien.

ATHOS. ¿Vos tambien?

ARTAGNAN. Si, pero á la una.

ARAMIS. (Llegando.) Y yo tambien me bato con este caballero.

ARTAGNAN. A las dos si gustais.

ARAMIS. Es verdad... ¿pero por qué os batis vos Athos?

ATHOS. A fé mia que no lo sé... me ha destrozado la espalda. Y vos Porthos, ¿por qué os batis con ese jóven?

PORTHOS. Me bato, porque me bato.

ARTAGNAN. Tuvimos cierta discusion sobre el tocador...

ATHOS. ¿Pero vos, Aramis, que teneis que ver con este caballero?

ARAMIS. Nada.... un punto de controversia.... en que no convenimos. ¿No es verdad, caballero? (A Artagnan.)

ARTAGNAN. Si, á propósito de San Agustin....

ATHOS. Decididamente es muchacho de chispa. (Aparte.)

PORTHOS. Con que vamos, tomemos vez.

ARTAGNAN. Un momento, caballeros: ahora que estais todos reunidos, permitidme que os ofrezca mis escusas.

Todos. ¡Oh! (Con acento de sorpresa.)

ARTAGNAN. No comprendéis.... quiero pedir os perdon de una sola cosa; de no poder pagaros mi deuda á los tres. Efectivamente, el caballero Athos tiene derecho á matarme primero. Esto quita mucho valor á vuestro crédito, señor de Porthos, y da al vuestro un gran carácter de nulidad, señor de Aramis.... Ya veis que tengo que hacer bancarota con uno, ó con dos quizás, y eso es de lo que queria escusarme.... de nada mas que eso, os lo juro.... Y ahora caballero cuando gustéis....

ATHOS. Enhorabuena.



Escena II.—Athos, Artagnan.

ARTAGNAN. Empiezo, y si los cien mosqueteros estuviesen aquí reunidos, no marcharía atrás un solo paso. (Desenvainando.)

ATHOS. Mirad que llevais desventaja.... Os hiere el sol en los ojos.

ARTAGNAN. Bah, ya me conoce.... soy del Mediodía.... (Cruzan los aceros.)

## ESCENA III.

LOS MISMOS.—JUSSACE.—GUARDIAS.

JUSSACE. Hola, hola, señores mosqueteros ¿es ese el modo de obedecer los edictos?



Athos.

ATHOS. ¿Jussace?

PORTHOS. ¡Los guardias del cardenal!

ARAMIS. Vuelva el acero á la vaina.

JUSSACE. Es demasiado tarde.

ATHOS. Y bien, señores, ¿Por qué venís á mezclarnos en nuestros asuntos? Es demasiada oficiosidad.... yo aseguro que ninguno de nosotros habia de ir á turbaros aunque os estuviérais matando.

BISCARAT. Siempre amables y complacientes.... por lo visto, las lecciones no os aprovechan de nada.

ARAMIS. ¡Ah! señor de Biscarat: ahora me recordais que hemos hablado en otra parte.

JUSSACE. ¿Aun mas provocaciones? Estamos de servicio, señores: empeñaos para despues con mil diablos; pero por ahora seguidnos.

ARAMIS. Es imposible acceder á vuestra graciosa invitacion. El señor de Treville nos lo ha prohibido.

JUSSACE. ¿Qué decis?

ATHOS. La verdad, caballero.

JUSSACE. Pues bien, si no obedecéis....

ATHOS. ¿Qué?...

JUSSACE. Ahora lo vereis; atencion vosotros. Señor de Winter, vos no sois de la guardia del cardenal.... sois inglés y si gustais podeis absteneros....

WINTER. Escierto, señores, que no soy de la guardia del cardenal; pero mi hermana lady de Winter es amiga de su eminencia.... Soy inglés, tambien es cierto; pero razon de mas para que enseñe á los franceses la manera de batirse en la Bretaña. En una palabra, toda vez que aqui me encuentro sin saber cómo, haré lo que vosotros hagais.

ATHOS. (A sus amigos.) Son cinco y nosotros tres: vamos á ser bati-dos.... y es preciso morir, porque os declaro que no vuelvo á presentarme vencido delante del capitán.

PORTHOS. Ni yo.

ARAMIS. Tampoco yo.

ATHOS. Veamos, pues, deliberemos.

ARTAGNAN. (Aparte separado del grupo.) He aquí el momento de tomar partido, si no me engaño. Este es uno de esos sucesos que deciden de la vida del hombre.... se trata de escoger entre el rey y

el cardenal.... el rey es un pobre amigo.... el cardenal un rudo enemigo.... ¡Bah! tengo el corazon de mosquetero.... y perdonad, señores. (Dirigiéndose hacia ellos.)

ATHOS. ¿Qué queréis?

ARTAGNAN. En este instante acabais de equivocaros al decir que no érais mas que tres.

ARAMIS. ¿Pues cuántos somos?

PORTHOS. Somos tres.

JUSSACE. ¡Diantre! creo que toman refuerzo.... «Guardias, atencion, espada en mano y en linea.» Vamos, bello gascon, marchaos, y procurad salvar vuestra pelleja.

BISCARAT. Es lo mejor que podeis hacer, porque van á llover cuchilladas.

ARTAGNAN. Quiere decir que lloverán para todo el mundo.... me quedo.

ATHOS. Os poneis de nuestra parte vos, ¿nuestro enemigo? Esto es magnifico.... pero....

ARTAGNAN. Si: quiero que sepais que valgo lo que valen los hombres. Haced la prueba en seguida, y vereis que me hago matar en toda regla.

ATHOS. Vamos: sois un bravo muchacho. ¿Cómo os llamais?

ARTAGNAN. Artagnan.

ATHOS. Pues bien. Athos, Porthos, Aramis y Artagnan «de frente, marchen.»

JUSSACE. ¡Ah! ¿es eso lo que resolvéis? Guardias, adelante.

Todos. Adelante.

ARTAGNAN. (Despues de cruzar su espada con la de Jussace, dice á Winter.) Si gustais, aquí hay sitio para todo el mundo.

WINTER. No: reemplazaré al primero que caiga herido.

PORTHOS. (A Cahussacce.) ¿No son las doce y media las que acaban de dar, señor de Cahussacce?

CAHUSSACCE. ¡Fanfarron! (Aparte.)

PORTHOS. Teneis una magnifica boya, querido mio.

ARAMIS. (A Biscarat.) Os debia esta Biscarat. (Lo mata.) Ahora á otro....

JUSSACE. ¿Pensais que estais dando palos como en provincia?

ARTAGNAN. Pienso que doy estocadas á lo gascon. (Hiere á Jussace.)

ATHOS. (A Aramis.) ¿Cómo se porta Artagnan?

ARAMIS. Bien, ¿y vos cómo estais?

ATHOS. Yo.... yo sufro mucho, pero me animo.

ARTAGNAN. Esperad otra.

JUSSACE. ¡Es encantador! (Aparte.)

ARTAGNAN. Una, dos, tres, á tierra. (Cae Jussace.) Este es un bote del señor Artagnan, padre.... señor de Winter, estoy á vuestras órdenes.

ATHOS. Dejádmele: este es el que me hirió ayer.... (Le desarma.)

PORTHOS. Tres y uno cuatro. (Derribando á su contrario.)

ATHOS. Marchaos. (Al guardia.)

ARTAGNAN. Voy á mataros. (A Winter.)

WINTER. Como gustéis. (Es desarmado.)

ARTAGNAN. No, sois un valiente sajón y vivireis. WINTER. Gracias; ¿queréis decirme vuestro nombre caballero?

ARTAGNAN. Si es para seguir otro dia, no hay para que molestaros: ahora mismo podemos continuar.

WINTER. No, caballero: es para daros las gracias: es para presentar á mi hermana al generoso hidalgo á quien debo la vida; por eso os he pedido vuestro nombre.

ARTAGNAN. Me llamo el caballero Artagnan y vivo en la calle de los Sepultureros.

WINTER. Recibid mis humildes respetos, y hasta la vista.

PORTHOS. Ja, ja, la revancha no ha sido mala.



Escena III.—Athos, Porthos, Aramis y Artagnan.

ARTAGNAN. (Viendo que los mosqueteros se alejan sin hacerle caso.) ¿Y yo?

ATHOS. ¡Vos! tú, abrázame y no me hagas daño en la espalda. (Aramis y Porthos abrazan á Artagnan formando todos un grupo.)



ARTAGNAN. ¿Somos amigos?  
ATHOS. A muerte y á vida.  
TODOS. A muerte y á vida.  
ATHOS. Lo que siento es que te hemos indispuerto con el cardenal.  
ARTAGNAN. Bah... con tal que me admitan de aprendiz de mosquetero; lo doy todo por bien empleado, hasta el enojo del cardenal.

FIN DEL CUADRO TERCERO.

## CUADRO CUARTO.

LA CASA DE MILADY.

## ESCENA I.

KETTY.—ROCHEFORT, (entrando primero.)

KETTY. No señor, no entrareis: está prohibido entrar así en casa de Milady.  
ROCHEFORT. (Acercándose á la escena.) En ese caso, hermosa niña, vos que podeis entrar, anunciad pronto al señor de Rochefort.  
KETTY. Yo no puedo entrar tampoco hasta que la señora esté vestida.  
ROCHEFORT. ¡Ah! es justo.... una inglesa.... sin embargo, he oído decir á los ingleses, que cuando tienen precisión, saltan por esas ceremonias.  
KETTY. Voy á llamar á la señora. (Toca una campanilla.)  
ROCHEFORT. Esto es al revés de lo que pasa en Francia.  
KETTY. Si; pero es lo que se acostumbra en Inglaterra. ¿Estais dispuesto, caballero?  
ROCHEFORT. Hace una hora que lo estoy. (Ketty llama otra vez y se retira por el fondo.)

## ESCENA II.

ROCHEFORT.—MILADY.

MILADY. ¡Ah! ¿sois vos, señor de Rochefort? ¿qué noticia me traeis de lord Winter?  
ROCHEFORT. ¿De lord Winter? ninguna: pero qué, ¿ha sucedido alguna cosa?  
MILADY. Parece que ha habido un combate muy serio, entre los guardias del cardenal y los mosqueteros.  
ROCHEFORT. Y bien, ¿qué veis en eso que os asombra? Todos los días se repite lo mismo.  
MILADY. Sin duda; pero no todos los días acostumbraba á mezclarse, mi hermano lord Winter, en esos sangrientos combates.  
ROCHEFORT. ¿Acaso se ha batido hoy?



Milady.

MILADY. He aquí lo que ha ocurrido. Lord Winter se paseaba á la ventura con los guardias: han encontrado á los mosqueteros de Treville, y la sangre se ha derramado en abundancia... Tal vez mi hermano haya muerto....

ROCHEFORT. ¡Oh! ¡Dios mío! ¿pero como lo habeis sabido, Milady?

MILADY. El ayuda de cámara de mi hermano ha visto desde lejos empeñarse el combate, y en seguida ha corrido á decírmelo... ¡Pobre muchacho!



Lord Winter.

ROCHEFORT. ¿Habeis dado aviso al cardenal?  
MILADY. No, he perdido el conocimiento, y no sé lo que me hecho.  
ROCHEFORT. Vamos, haceis mal en desesperaros, el baron no es vuestro hermano, y....

MILADY. No importa, es el hermano de mi difunto marido y le quiero tanto!

ROCHEFORT. ¡Pobre baron! no sé porque se me figura que ha debido ocurrirle alguna desgracia.

MILADY. ¿Creeis?

ROCHEFORT. Esos diablos de mosqueteros tienen la mano tan dichosa como desgraciada... pero en fin, os queda un consuelo.

MILADY. ¿Un consuelo?

ROCHEFORT. Seguramente: si el baron muere sus bienes no quedan perdidos.

MILADY. ¿Qué quereis decir?

ROCHEFORT. ¿No tiene cien mil escudos de renta?

MILADY. Creo que si.

ROCHEFORT. ¿Y vuestro hijo, su sobrino, no es el que debe heredarle?

MILADY. ¡Oh! conde.... supongo que no es de esto de lo que venis á hablarme?

ROCHEFORT. Perdonad, ya sabeis que soy muy positivo.... pero dejemos la herencia de lord Winter, no es de eso, en verdad, de lo que vengo á hablaros.

MILADY. Decid pues.

ROCHEFORT. Venia á explicaros todo nuestro plan para envolver á Buckingham.

MILADY. Veamos.

ROCHEFORT. Convenimos en que una vez presentado el pañuelo en la calle de Vaugirard, os darian una carta, ¿no es verdad?

MILADY. Si.... ¿despues?

ROCHEFORT. Os enterais de su contenido y dais una cita al duque.

MILADY. Muy bien... ¿en que punto?

ROCHEFORT. En casa de madama Bonacieux, la confidenta de la reina; el duque irá allí sin desconfianza.

MILADY. Seguramente.

ROCHEFORT. Y como en casa de la Bonacieux habremos hecho de antemano una ratonera....

MILADY. ¡Una ratonera!

ROCHEFORT. Si, nosotros llamamos así á una especie de trampa donde el raton entra, pero no sale.

MILADY. Comprendo.

ROCHEFORT. Ya veis que el duque cae sin remedio en casa de madama Bonacieux, confidenta de la reina ..... Esto es lo que falta demostrar como se dice en geometria.

MILADY. Está entendido.... hasta la noche... ahora permitid que me informe.

ROCHEFORT. ¡Ah! si, de la sucesion... perdonad, de la situacion de lord Winter, señora....

MILADY. ¡Ah! ¡herido!

ROCHEFORT. Tal vez lo esté mortalmente.

## ESCENA III.

LOS MISMOS.—WINTER.

WINTER. Buenos dias, hermana mia.

MILADY. ¡Ah! señor me habeis tenido en una ansiedad....

ROCHEFORT. Soy testigo, querido conde: Milady os creia muerto.

WINTER. Lo hubiera sido, señor de Rochefort, sin la generosidad de mi noble adversario, que me ha concedido la vida.

ROCHEFORT. Es una bella accion, ¿no es verdad, Milady?

MILADY. ¡Oh! magnifica.

WINTER. Tan bella que he suplicado á mi salvador que me acompañase para presentároslo, hermana mia.

MILADY. ¿Y ha venido?

WINTER. Sí, está fuera; ¿permitireis que le haga entrar?

MILADY. Sin duda: tendré mucho placer en conocerle: ¿quién es ese caballero?

WINTER. Un hidalgo del Bearn, el señor de Artagnan.

MILADY. Nuestro gascon. (Aparte á Rochefort.)

ROCHEFORT. ¡Nuestro gascon! ¡Oh! conviene que no me encuentre: ¿no habia aqui una puerta secreta?

MILADY. Vedla.

ROCHEFORT. Muy bien.... conde permitid que me retire. (Aparte) Ya estaba yo seguro que habia aqui una puerta secreta.

## ESCENA IV.

LOS MISMOS.—ARTAGNAN.

ARTAGNAN. (Mirando hacia atrás) Acabo de ver á



Escena IV.—Milady, Artagnan y Winter.

un hombre que atravesaba el corredor.... ¡Es cosa singular! Creo haber conocido á mi ladrón. (Se dirige á mirar por la ventana.)

WINTER. Aqui teneis, señora, al hidalgo que os ha conservado un hermano: dadle las gracias, si sentis algun cariño hacia mí.

MILADY. ¡Maldito gascon! (Aparte.) Seais bien venido, caballero; hoy habeis adquirido un título eterno á mi gratitud.... ¿pero qué teneis?

ARTAGNAN. (Fijándose.) Perdonad señora.... es que me figuro estar viendo siempre.... ¡Ah!..., ¡Milady!....

WINTER. Y bien.... deciais....

MILADY. Extraño modo de presentarse.

ARTAGNAN. Dispensad mis distracciones, señora, y vos tambien milord.... ¡la señora es tan bella!

MILADY. Todo se dispensa á un hombre tan bravo y generoso como vos, señor de Artagnan: me agradan mucho las hazañas guerreras y sinó lo llevais á mal, desearia saber los pormenores de vuestro combate.

ARTAGNAN. ¡Ah! señora.... mi modestia....

WINTER. Yo hablaré pues.... mas he ahí un excelente vino de Chipre: que nos aguarda: bebamos, vos nos hareis compañía, ¿no es verdad Milady?

MILADY. Con mucho gusto. (Winter sirve el vino en copas.)



ARTAGNAN. (*Aparte.*) ¡Es particular! Había creído que esta hermana tan tierna, iba á colgarse del cuello y á abrumarme de caricias, pero en cambio, cualquiera diría, que me miraba de reojo... ¡Oh! ¡qué miradas me lanza!

WINTER. A vuestra salud, caballero Artagnan. (*Bebe.*)

ARTAGNAN. (*Aparte.*) ¡Qué lástima que sean tan traidores unos ojos tan bellos! (*Bebe.*)

WINTER. Sentáos caballero, sentáos, os lo suplico. Y ahora hermana mía, voy á empezar mi relación. ¡Oh! ¡ha sido un terrible combate! nueve hojas bien afiladas que se enlazaban y retorcian unas con otras como cuerdas...

KETTY. (*Entrando.*) Milord, un lacayo espera en el patio dice que su señora está muy inquieta hasta saber noticias vuestras.

WINTER. ¡Ah! es verdad; ¡pobre muger! permitid hermana mía, permitid señor Artagnan; os dejó por un instante... ven Ketty...

#### ESCENA V.

MILADY.—ARTAGNAN.

ARTAGNAN. (*Aparte.*) ¡Diablo con el inglés! ¡me deja solo con su hermana! ¡Para que uno haga favores á nadie!

MILADY. Y bien caballero, ¿no me decis nada?

ARTAGNAN. A la verdad señora, temo mucho ser indiscreto.

MILADY. ¿Por qué? pues, señor de Artagnan, ¿sois tímido acaso?

ARTAGNAN. Soy mas que tímido, señora, soy torpe.

MILADY. ¿Así me lo confesais?

ARTAGNAN. ¡Oh! si no os lo confesase, lo notaría al fin... y á mi me gusta confesar lo que siento... eso me hace hablar, y hablando me enardezco poco á poco.

MILADY. Guardáos mucho de ser tímido, señor de Artagnan; eso podría causaros algun perjuicio.

ARTAGNAN. ¿En qué, señora?

MILADY. Sois joven, valiente y generoso; debéis obtener muy pronto una gran reputación.

ARTAGNAN. ¿Lo creéis así, señora?

MILADY. Es indudable, con tal que no os dé el capricho de enamoraros...

ARTAGNAN. ¡Ah! señora, precisamente iba á deciros que si estuviere seguro de encontrar...

MILADY. ¿Qué?

ARTAGNAN. (*Queriendo tomarla una mano.*) Si pudiese merecer un poco de indulgencia...

MILADY. Perdonad, señor Artagnan, ¿no pretendéis entrar al servicio en París?

ARTAGNAN. Cambia de conversacion. (*Aparte.*) ¡qué lástima! ¡me despidió! ¿Que si quiero servir en París?

MILADY. Si: ¿teneis amigos?

ARTAGNAN. Tengo tres... tres mosqueteros.

MILADY. Pero vos no podéis entrar en los mosqueteros... eso es algo difícil, caballero... en cambio si teneis un poco de ambición... hay otro servicio honroso... lleno de brillantez... el servicio de su eminencia, por ejemplo...

ARTAGNAN. ¡Ah! no puedo aceptarlo, señora; mis tres amigos y yo estamos comprometidos con el cardenal, por causa del último lance...

MILADY. Comprendo bien, caballero... ¡Oh! su eminencia no necesita de nadie, ni yo os he propuesto que entrárais á su servicio; os hacia nada mas, que una pregunta que ahora veo ha sido muy ofensiva.

ARTAGNAN. Tampoco es decir que yo desdeñe el servicio del cardenal, señora; siento hacia su eminencia una grande y respetuosa admiración... pero me parece haber oído decir que el gabinete del Louvre y el palacio del cardenal, suelen descomponerse algunas veces; y quién sabe si en la posición que ocupamos mis amigos y yo, llega un día en que su magestad y el mismo capitán de Treville... Vamos, no entiendo una palabra de achaques diplomáticos... y prefiero atar los nudos de nuestra primera conversacion... ¡Milady!

MILADY. ¡Caballero Artagnan!

ARTAGNAN. Decía, Milady, que si en cualquiera situación de mi vida encontrase un alma indulgente... me habia de esforzar mucho en no ser, ni demasiado indiscreto, ni demasiado tímido.

MILADY. (*Aparte.*) Ahora es él el que muda de conversacion, y eso no me agrada... mejor será que hable al cardenal de ese perillan.

ARTAGNAN. ¿No me respondeis, señora?

MILADY. En verdad, caballero; ¿mas qué podría responderos? Me haceis una declaración á quemarropa... el ataque es vivo... y...

ARTAGNAN. ¡Una declaración! pues bien, señora, dignaos, cuando menos, ponerlos en guardia...

MILADY. (*Marchando hacia Artagnan.*) Sois demasiado peligroso, caballero. (*Aparte.*) Acaba de hacerme perder cien mil libras de renta, y tiene audacia para hacerme la corte... ¡Oh! no le perderé de vista. Caballero Artagnan. (*Alto.*) cuando una guarnición se ve intimada definitivamente, no le queda mas que un recurso.

ARTAGNAN. ¿Cuál?

MILADY. Hacer una salida.

ARTAGNAN. ¡Oh! ¿señora, me dejais? luego ¿me amais?

MILADY. No os amo... pero voy á encerrarme... Dios os guarde, caballero.

#### ESCENA VI.

ARTAGNAN solo.

Pues señor, he aquí una entrada en París que promete; por un lado, la victoria de las armas, por otro... me parece que para ser la primera entrevista, no he colocado mal mi negocio: he conocido en los ojos de MILADY que ya era tiempo para ella de tocar retirada, y ha marchado á encerrarse... ¡Oh! no es seguramente vuestra puerta la que me impediría acercarme hasta vos, señora. Pero Lord Winter pudiera llegar de un momento á otro, mis amigos me esperan en la *Pomede Pim* para celebrar nuestro triunfo, y no debo ni puedo consentir que me esperen.

#### ESCENA VII.

ARTAGNAN, KETTY. (*Ketty entra sin ser notada: mira á Artagnan con ternura, y lanza un suspiro.*)

KETTY. ¡Ay!

ARTAGNAN. ¿Quién es? (*Volviéndose.*)

KETTY. ¡Ay! ¡qué lástima!

ARTAGNAN. ¿Cómo! ¿qué dices?

KETTY. ¡Un muchacho tan guapo!

ARTAGNAN. ¡Y bien!

KETTY. Con una figura tan arrogante.

ARTAGNAN. ¿Soy yo el que produce en tí esas exclamaciones, bella niña?

KETTY. Si, vos.

ARTAGNAN. ¿Pues por qué te causo lástima?

KETTY. Porque vos merecáis...

ARTAGNAN. Pero habla niña, explicate.

KETTY. No, no, dejadme.

ARTAGNAN. Yo quiero que te expliques: quiero que me digas por qué me tienes lástima, y que es lo que crees que merezco.

KETTY. ¡Si Milady me oyese! ¡Dios mío! ¡Oh! dejadme...

ARTAGNAN. ¿Tienes miedo á Milady?

KETTY. ¡Oh!

ARTAGNAN. ¿No es verdad que tiene un gesto perverso?

KETTY. Callad... ¡Callad por Dios!

ARTAGNAN. No te dejo marchar hasta que me digas...

KETTY. No, nos diré nada...

ARTAGNAN. ¿Es acaso algun mal el que tienes que anunciarme?

KETTY. ¡Oh! si, un mal muy grave... vais á perderos.

ARTAGNAN. ¿A perderme?

KETTY. Bastante, bastante... ya he dicho demasiado... Quedad con Dios, señor caballero.

ARTAGNAN. ¿Nada mas? ¿no me dices ni una sola palabra mas?

KETTY. Guardáos mucho de amar á mi señora. (*Vaciando y con misterio.*)

ARTAGNAN. (*Deteniéndola.*) ¿Pero, por qué? (*Suena la campanilla.*)

KETTY. Porque ella no os amará.

ARTAGNAN. ¿Dices que no me amará?

KETTY. Porque ama á otro... mirad. (*Le enseña un billete.*)

ARTAGNAN. (*Leyendo.*) «Al señor baron de Wardes.»

¡Un rival! (*Toma la carta.*)

KETTY. ¡Oh! Dios mío, dadme esa carta.

ARTAGNAN. Adios, Ketty.

KETTY. ¡Pero mi carta!

ARTAGNAN. Si la quieres, ven á buscarla á mi casa.

KETTY. ¿Dónde?

ARTAGNAN. Calle de los Sepultureros, casa del señor Bonacieux, especiero, y buhonero.

FIN DEL PRIMER ACTO.

#### SAN LÁZARO DE LOS ARMENIOS.

Entre la multitud de islas diseminadas por la laguna de Venecia, descuella una que atrae desde luego sobre si las errantes miradas del viajero: con sus vastos y elegantes edificios, sus bellos jardines; su cúpula esbelta y erguida como un minarete, tiene un no sé qué de bello y delicioso, que contrasta visiblemente con esa lúgubre desolación de la laguna, con esos monasterios casi derruidos, con esos palacios desiertos y las ruinas de toda especie, que la vista fascinada encuentra á su alrededor. Es, como si dijéramos, un árbol joven y lleno de savia en medio de una vegetación ya agostada y sin vida.

Este lugar tan delicioso y risueño se llama la isla de San Lázaro.

Tan luego como el intrépido Beppo hubo amarrado nuestra góndola al palo, y antes de que hubiéramos tenido el tiempo suficiente para hollar con nuestras plantas aquella tierra tan mimada por la naturaleza, vimos llegar hacia nosotros un religioso joven, de mirada dulce y benévola, de tranquilo y magestuoso continente, de barba negra y prolongada. El hábito, divisa de la orden, formáballo un ropón negro, de largas mangas y ceñido á la cintura por medio de una correa del propio color; un sombrero tambien negro, redondo y de alas espaciales terminaba aquel traje lleno de noble gravedad. Devolvimos nuestro saludo con la mas fina

elegancia y nos dió la bienvenida con palabras llenas de una bondad seductora por demas. Grande fué nuestra admiración al oírle expresarse en español con una facilidad prodigiosa, y usando de todas las frases escogidas y elegantes; pero creció esta de punto cuando á los muy pocos instantes le vimos hablar con la misma perfección el italiano, francés, alemán é inglés á varios viajeros que se nos habian incorporado.

Al penetrar en el convento, nadie puede librarse de esa admiración que ya antes se sintiera al divisar aquella isla, hija predilecta de la naturaleza y que aparece en medio de aquel archipiélago como la reina de la vegetación. El aspecto de quietud y de felicidad que por todas partes reina en aquel recinto sagrado, embriaga al alma llenándola de un sentimiento grato y desconocido. Los corredores, los patios, los jardines, las escaleras, todo en fin brilla allí á fuerza de esmero y de limpieza.

Esta isla, que en la época mas brillante de Venecia era como maldita, servia entonces de asilo á los leprosos; ya mas tarde alzóse en medio de ella un hospital para los pobres de la ciudad y de ahí le viene el nombre de San Lázaro, con que desde aquel tiempo se la conoce. Finalmente, á principios del último siglo todo habia ya desaparecido; la isla habia quedado estéril y desierta, y apenas existia ya uno de los derruidos lienzos de la antiquísima iglesia. El tiempo ó mas bien, la impia mano del hombre todo lo habia reducido á escombros. Entonces fué cuando se vió aparecer el tan célebre convento de los Armenios.

Nuestro joven guia nos condujo primero á un espacioso salon, cuyas paredes se hallaban cubiertas de cuadros debidos á los mas célebres pinceles de Europa: el retrato de su soberano, el sultan Abdul-Medjid, su padre Mahomet y el emperador de Austria, campeaban bajo un lujosísimo dosel de terciopelo azul con franjas de oro. Subimos en seguida á la biblioteca que se halla dividida en dos grandes salas. La primera está consagrada á las obras, libros y manuscritos orientales, cuya colección es una de las mas ricas del mundo y posee sobre la literatura del Oriente los materiales mas considerables y preciosos: En dicha sala se muestra un papiro de la mas estremada dimension, el cual presenta por ambos lados una impresión en caracteres de oro tan limpios y brillantes como si en aquel mismo momento acabaran de ser trazados. Esta inscripción, la mas completa y mejor conservada de cuantas existen, se remonta á una antigüedad fabulosa y hasta el día ha sido siempre un problema imposible de resolver para todos los sabios tanto de Oriente como de Occidente. Muéstrase ademas en esta misma sala una momia egipcia en un estado de conservación tal, que desde luego se la considera como un objeto maravilloso y de inestimable valor. A un extremo de esta misma sala se halla el gabinete de física, de mineralogía é historia natural.

En cuanto á la biblioteca de Occidente, es tambien una colección bastante preciosa de toda clase de obras tanto de historia como de ciencias; es, en fin, una elección perfectamente entendida de todos los mas ilustres escritores de la Europa: Moliere y Corneille figuran al lado de Shakspeare y de Cervantes; Bosuet al de Voltaire, el Dante y Schiller.

En el centro de esta biblioteca hay un registro en que consignan sus nombres todos los extranjeros que van á visitar el convento de San Lázaro. Es aquella una lista de nombres de todos los países del mundo, y en la cual no escasean los mas ilustres emperadores, reyes, príncipes y archiduques, se confunden allí con otros no tan gerárquicos; pero que corresponden á embajadores, grandes de España, lores, cardenales y bajas.

Después de visitar la biblioteca recorrimos muy detenidamente el resto del convento, las habitaciones, las galerías y refectorios: por todas partes reinaba esa misma limpieza, ese aspecto de lujo sencillo y elegante á la vez. Al final de uno de aquellos largos corredores detuvimos admirados en uno de los balcones que le daban claridad, seducidos por el hermoso golpe de vista que á nuestros ojos se presentaba: á no dudarlo, aquel era uno de los mas bellos panoramas de Europa. En primer término el jardín del convento con sus esmaltados parterres, sus fértiles viñedos, sus copudos pinos; mas lejos la laguna donde surgen por todas partes esbeltos minaretes y los fantásticos perfiles de la arquitectura veneciana; aquí y allí millares de góndolas que surcan las azules ondas, negras, rápidas y silenciosas; Venecia, en fin, que eleva hasta el cielo las mármoreas molduras de sus palacios y campanarios, sus cimborrios, sus cúpulas y los mástiles de sus bajeles; y por último, en el fondo, y entre esa indecible y vaporosa media tinta de los horizontes de la Italia, ¡las montañas de la tierra firme!

Los armenios poseen en su convento una imprenta que bien puede ser citada como una de las mas notables de la Europa. Entre otras muchas obras que en ella imprimen, considérase como la mas grande un periódico universal redactado en lengua armenia y enriquecido con problemas y cuestiones de un interés general. Esta publicación, célebre ya, se distribuye en todos los países del Oriente, y si bien se mira, no es este uno de los menores agentes de esa civilización que se han impuesto la noble misión de hacer conocer y adoptar en su patria. Las prensas están construidas conforme á los mejores modelos de Londres y París, y en cualquier idioma que sea, las ediciones salidas del convento de San Lázaro, son otras tantas obras maestras de pureza de lenguaje, corrección y tipografía. Para corroborar aun mas nuestro aserto, citaremos aquí una obra que



solo ellos podrian haber llevado á cabo: tales son las plegarias de San Narsés, impresas en veinte y cuatro idiomas, tanto orientales como europeos, sin distincion de lenguas muertas ó vivas, y en la que han reproducido el estilo de cada una con la mas admirable perfeccion.

Vése, pues, que los padres de San Lázaro han logrado reunir todos los elementos de trabajo, ciencias y literatura, todos los medios imaginables de asociarse á los progresos de la Europa inteligente, y hacer de ella participe al Oriente, su patria primitiva. En fin, bien puede decirse que estos sábios religiosos son hoy para el mundo oriental los corredores de la civilizacion del Occidente, y por lo tanto todos aquellos á quienes un fin noble y generoso sacrificio, induce á consagrarse al bien y progreso siempre ascendente de la humanidad, deben aplaudir tan heroicos esfuerzos, y regocijarse al verlos coronados por el éxito mas brillante. Por lo demas, escusado es el decir que nosotros estamos muy lejos de hacerles la gratuita limosna de nuestra ciencia, pues que en cambio encontramos harto compensado este pobre don, viendo acrecido el dominio de la literatura oriental por medio de la multitud de obras que incesantemente publican con un lujo y perfeccion admirables, y á mas la historia de la iglesia armenia, en que campea una filosofia y teologia particulares.

Finalmente, los armenios han recibido una muestra solemne del interés que merecen á la Europa entera, el dia en que Napoleon, que no profesaba una gran deferencia á los conventos, mandó que la isla de San Lázaro fuese respetada y mantenida en todos sus derechos y prerogativas.

La capilla del convento es de una arquitectura bella y sencilla á la vez. En su decoracion presenta todo el aspecto de una iglesia griega, aunque los religiosos sean católicos. La misma observacion puede aplicarse á las ceremonias del culto: el rito es griego y el dogma romano.

Imposible seria formarse una idea de la pompa y magnificencia que desplega el oficio de la liturgia armenia. Para preludiar la misa, una porcion de niños de coro revestidos de largos trages de seda encarnada, vienen á arrodillarse al pie del altar, desde cuyo sitio cantan ó mas bien salmodian varias plegarias con esa voz tan particular á los orientales, tan pronto gutural como nasal, que parece estraña en el primer momento, pero que en seguida llega á herir nuestro corazon por el aspecto de grandeza y recogimiento que en sí encierra. Bien pronto aparecen hasta siete sacerdotes, revestidos con trages de seda de colores vivos y cubiertos, por una especie de capas pluviales de terciopelo, resplandecientes todas con los suntuosos bordados de oro y pederria que despiden á lo lejos multitud de rayos luminosos, al ser heridos por las mil luces que alumbran el altar. El celebrante precedido de los incensarios que lanzan hasta la bóveda de la iglesia las azuladas y ondulantes espirales de su perfume, lleva una tiara de finísimo oro, cubierta toda de pederria, terminada por una cruz de diamantes y cuya forma recuerda la del supremo pontífice de Jerusalem. Sus manos, en vez de caliz, ostentan una rica cruz tambien de oro y piedras preciosas, y cubierta de una finísima muselina llena de los mas ricos bordados. Todos aquellos sacerdotes llevan la barba larga, y nada puede dar al trage sacerdotal un aspecto mas noble é imponente. Aislado el altar en medio de la nave principal, rodeándole los sacerdotes precedidos por los incensarios y chinoscos, porque en la iglesia de Oriente la campanilla de nuestro rito es reemplazada por unas varitas de ébano cubiertas de terciopelo, cuya punta concluye en una cruz de plata circundada de rayos de oro y adornada con multitud de cascabeles del propio metal; los dos acólitos que llevan esta especie de chinoscos los agitan en los momentos designados casi del mismo modo que se hace en nuestras músicas militares. Todo el tiempo que dura el cruento sacrificio, los acólitos permanecen colocados gerárquicamente y entonando las plegarias del ritual. En el momento en que el sacrificio va á consumarse, véase aparecer un espeso velo que cierra el altar ocultando á los fieles la consumacion del terrible misterio. Cesan entonces los bulliciosos sonos del canto para hacerse solo oír tiernas plegarias entonadas á media voz; los chinoscos suenan lenta y pausadamente, y á través del denso velo que oculta el altar se elevan hasta los cielos espesas nubes de incienso.... Imposible es el poder imaginarse cuán solemne y terrible es aquel corto momento, y cual es el recogimiento, postracion é instintivo terror que se apodera del espectador! ¡Ah! si; en esa pequeña capilla de una isla de la laguna de Venecia, esto es tan bello y grandioso como la Semana Santa en Roma ó el beiram de Constantinopla.

A los diez años, el Tintoretto era ya un pintor y el Dante un poeta; pues á la misma edad, Mechitar, el glorioso fundador del convento de los armenios, poseia tambien el juicio de un sabio y la piedad de un santo. Al nacer habia recibido el nombre de Manong, pero al entrar en la vida religiosa cambió por el de Mechitar, que en lengua armenia equivale á consolador. Quince años tendria apenas el de 1691, cuando conocido ya por su celo y fervorosa piedad fué ordenado diácono en el convento de Santa Cruz, cerca de Sebasta, ciudad de la Armenia menor.

No entraremos aqui en el detalle de los trabajos y obras de este hombre extraordinario, y nos contentaremos solo con seguirle desde Erzeroum, donde encontró al primer misionero que le reveló su gran destino, hasta Etchmiatzin, residencia del patriarca de Armenia y el convento del desierto de Sevan. De vuelta á Sebasta vióse atacado de una tan grave enfermedad, que llegó á

perder totalmente la vista: edificante por demas fue en tal ocasion el espectáculo de una paciencia y resignacion cual la de Mechitar, que aun en medio de los mas agudos martirios pasaba todo el dia en dar gracias al cielo por haberse dignado probarle de aquel modo y en escuchar la lectura de todas aquellas obras mas piadosas y propias para fortalecer su espíritu en el amor de Dios. Pero la Providencia divina, que no podia mirar con indiferencia la santa resignacion de su siervo, tornóle por fin la vista, y libre ya del impedimento que allí le retenia solo pensó en llevar á cabo su glorioso proyecto de marchar á Roma. A su paso por Alepo ligóse por medio de la mas fraternal amistad con el padre Antonio Beauvilliers, jesuita francés, al cual indicó su gran proyecto de la regeneracion espiritual de su pais; y provisto de excelentes cartas de recomendacion para todas las personas mas influyentes de la capital de la cristiandad, partió para Alejandria, en cuya ciudad se embarcó con direccion á Italia. Aun esta vez quiso la suerte oponerse á sus notables intentos, y una fiebre violenta de que se vió acometido en Chipre, le hizo detenerse en aquella isla, y logrando por fin verse curado, tuvo que embarcarse nuevamente para Seleucia, no permitiéndole ya su pobreza el pensar por entonces en Roma, único objeto de todos sus afanes. Llegado á esta ciudad fué tal su falta de recursos, que se vió precisado á andar á pié y pidiendo limosna la larga distancia que hay desde Seleucia á Alepo, caminando solo y sin mas guia que la Providencia á través de los desiertos y peligrosas montañas de la Siria. Una vez ya en esta poblacion, logró reunirse á una caravana que llevaba la misma ruta, y con ella se le vió tornar triste y abatido á Sebasta y á su convento.

Llegado en tanto el año de 1696 y con él la edad prefijada por los cánones para ascender al sacerdocio, Mechitar, que aguardaba con ansia este momento, cantó su primera misa en medio de la general satisfaccion de sus compañeros, que adivinaban ya en él al glorioso fundador de una orden que tan célebre debia hacerse por su ciencia y los brillantes resultados que habia de producir en la religion y cultura de su patria. En esta época es donde comienza la carrera apostólica de nuestro héroe. Poseído siempre de la idea fija constantemente en su imaginacion de regenerar el Oriente por medio del catolicismo; trasladóse á Constantinopla donde logró bien pronto adquirirse un prodigioso concurso de fieles. Embarcado en seguida para Trebisonda, vióse milagrosamente salvado de la peste que se declaró en el buque; pero una tempestad que sucedió á la bonancible calma que hasta entonces tuvieron, logró detenerle aun otra vez, arrojándole á las costas de Sinopa, de donde tornó nuevamente á Erzeroum tan pobre como siempre.

Ultimamente, perdida ya por entonces la esperanza de llegar al colmo de sus deseos, volvióse en 1700 á Constantinopla con solo tres de sus discípulos, base y cimiento de su institucion; pero bien pronto llegó á hacerse tan crecido el número de estos, que al fin tuvo que ocultar á las miradas del mundo la existencia de su nueva sociedad. Para ello manteníase retirado en una pequeña casa del arrabal de Péra, haciendo creer que ocupaba á sus jóvenes discípulos en los trabajos de una pequeña imprenta que para este fin habia logrado adquirirse. Pero descubierta su secreto por la suspicacia otomana, hallóse su vida amenazada, y no encontró otro medio para sustraerse al peligro que le rodeaba, que elde refugiarse á la casa del embajador francés, la cual era considerada como un asilo inviolable (1).

En tan apuradas circunstancias y habiendo reunido todos los miembros de su pequeña sociedad, diseminados por las diversas ciudades de Armenia, Mechitar elegido por ellos su superior, decidió trasladar su institucion á Morea, cuyo pais pertenecía á la sazón á la república veneciana. Esto tenia lugar el 8 de octubre de 1701.

Decididos todos á no abandonar á su maestro, preparáronse para la emigracion, y embarcados, no sin emplear antes las mayores precauciones, se dirigieron al punto de su nueva residencia, en medio de toda clase de peligros tales como la persecucion de los turcos, á quienes no pudieron ocultar enteramente su partida, los piratas y las tempestades. Pero esta vez la Providencia quiso no desampararlos, y vieron por fin las playas de aquella nueva patria, donde muchos de ellos habian de verter algun dia su sangre en defensa del catolicismo y de sus consoladoras doctrinas. Pareciéndoles la ciudad de Modon la mas favorable para la fundacion de un monasterio, acudieron al gobernador veneciano Angelo Emo, y este accediendo á su demanda les concedió el terreno necesario, con mas las rentas de dos pequeñas aldeas de las inmediaciones, para atender á su subsistencia. El monasterio llegó bien pronto á verse terminado, y satisfechos ya los vehementes deseos del celoso maestro, envió á Roma las bases de la nueva orden, las cuales le fueron completamente aprobadas y reconocidas por el pontífice la existencia de la sociedad de que le nombró abad y su delegado en Oriente.

Ya por fin, y despues de mil azares tenia Mechitar la dulce satisfaccion de ver consolidada la obra que tantos años de trabajos y vicisitudes le costaba; pero aquella felicidad le fué de bien corta duracion. Comiénzase de nuevo la guerra entre Venecia y Turquía: invaden

(1) Desde muy antiguo el embajador francés se ha abrogado siempre el privilegio esclusivo de ser considerado por la Puerta como el protector de los católicos sujetos al imperio otomano. Fundado, pues, en este pretendido derecho es como muy recientemente el general Guillemot ha pedido y obtenido con asistencia de las otras potencias la libertad religiosa de los armenios católicos.

los infieles la Morea y previendo Mechitar la próxima rendicion de Modon, embarcóse para la capital de la república con once de sus discípulos. La noble ciudad de las lagunas, á mas de ofrecerle una posicion mucho mas segura, proporcionábale nuevos recursos para la direccion científica y literaria que queria imprimir en su naciente sociedad.

La Morea resistia con la mas noble bravura los sangrientos ataques de la media luna, y una série continuada de las mas prodigiosas hazañas servia solo para prolongar por algun tiempo mas la lucha gloriosa de los venecianos contra la terrible obstinacion de los bárbaros; llegó un dia en que todo se habia ya perdido palmo á palmo en aquella tierra desdichada, y la mas horrorosa miseria amenazaba apoderarse de Mechitar y sus compañeros. Sin embargo, su voz llegó hasta el senado, gracias á la intervencion de Luis Mocénigo, proveedor general de la armada veneciana; pero á pesar de tan poderosa recomendacion y del vivo interés que las elocuentes palabras del noble anciano produjeron en aquel cuerpo respetable, era imposible acceder á su peticion, pues que conforme á las leyes de la república, no se podia permitir á sociedad alguna el establecerse en la ciudad. Pues bien, en aquellos momentos de tribulacion y de honda amargura, en que todo parecia perdido para él, es cuando Mechitar fijó sus miradas en la pequeña isla de San Lázaro. Consultó á sus religiosos, y todos admiraron la conveniencia de aquel lugar, por lo que corriendo en seguida á pedirle como un asilo á su desgracia, le fué concedida por un decreto de 8 de setiembre de 1717, dia que por una coincidencia maravillosa figuraba como aniversario de aquel en que habia fundado su orden, poniéndola bajo la proteccion de la Virgen. Tambien en aquel dia, pocos años antes, habia tomado posesion de su convento fundado en Morea; y ¡cosa singular! el decreto de Napoleon que confirmaba la existencia legal de los mechitaristas en la isla de San Lázaro, fué firmado en el mismo dia. Este decreto daba la perpétua posesion de la isla, tal como se hallaba, á la nueva sociedad armenia.

Mechitar pasó á Roma, donde el papa lo recibió con la mayor benevolencia, y entre otras muchas gracias que le concedió, fué una el conferirle la facultad de enviar misioneros al Oriente. De vuelta á Venecia, satisfecho ya al ver asegurada la existencia de su orden, dedicóse con la mas grande actividad á la reedificacion de su convento, y viniendo á su socorro la piedad de los fieles, vióse bien pronto terminado el monasterio, cuya elegancia y sencillez tanto da que admirar á cuantos llegan á verlo.

Tal es el origen é historia del convento armenio de San Lázaro, y tal ha sido, en fin, la vida evangélica de su fundador el venturoso Mechitar, que falleció querido y respetado de todos á la avanzada edad de setenta y cuatro años, el 27 de abril de 1749.

La primer condicion exigida para ser recibido en la sociedad, es el ser armenio de nacimiento. Por lo regular preférense aquellos que jóvenes aun, han sido educados desde su mas tierna edad en la casa, sin que jamás haya llegado el caso de hacerse la distincion entre el rico y el pobre. Luego que han hecho las pruebas de su capacidad y disposicion, permíteseles ya vestir el trage de la orden. Hasta entonces viven aparte, y al cargo de profesores los mas propios para dirigir sus estudios, que equivalen entonces á los de los colegios europeos. Tan aporósito son los armenios para el magisterio de la enseñanza, que han establecido en Venecia y en el mismo palacio Pésaro, situado sobre el gran canal, un colegio tan soberbio, que con razon es considerado como uno de los mas vastos y ricos monumentos de la Italia. Cuando los educandos han terminado sus primeros estudios, y que á una salud capaz de soportar todos los trabajos propios á la vida del hombre científico ó del misionero, se une la suficiente capacidad intelectual, se les da el tiempo necesario para elegir entre la sociedad y el mundo; si trascurrido este plazo manifiestan el deseo de ser admitidos, preséntaseles á esta, la cual por una mayoría de votos debe optar por su admision. Recibidos ya en la orden, pasan á la cátedra llamada *profesorado*, en la que se entregan al estudio de la teologia y filosofia. Terminado ya este nuevo curso, se les confiere el sacerdocio, y pone en posesion de una de las celdas destinadas á los doctores. Si luego se hacen dignos y sostienen con ventaja los exámenes requeridos, entonces ya reciben tambien el título de *Vartabied*, y conforme á su vocacion ó á las disposiciones que en ellos se revelan, envíaseles á las misiones de Oriente, ó permanecen en el convento para desempeñar los trabajos literarios.

Por todo lo dicho se ve que la vida de los mechitaristas transcurre entre los trabajos mas útiles y necesarios á todas las criaturas. No queda un rincon en todo el Oriente donde no se esfuerce por extender nuestra civilizacion, nuestras ciencias y nuestros progresivos adelantos. Por lo que respecta al Occidente, revélanos á primera vista toda una literatura, todo un mundo lleno de interés y de poesia; cada dia vienen nuevas adquisiciones á enriquecer este tesoro literario, y sin la disidencia religiosa que cierra á los mechitaristas la entrada en los monasterios de la Armenia (1), seguro es

(1) En Oriente, los armenios establecen dos divisiones bien distintas por cierto: los *ortodoxos* y los *cismáticos*; es decir, los *griegos*, que solo reconocen al patriarca de Constantinopla, y los *católicos*, que prestan obediencia al pontífice romano. Estos últimos son muy inferiores en número. Sus sacerdotes usan casi del mismo trage que los mechitaristas; los *cismáticos* llevan un enorme *kalpack*, ó birrete negro y cuadrado, del cual pende un largo velo de crespon de igual color, que baja hasta la espalda.



que poseerian multitud de escritos preciosos que se creen ya perdidos.

No llega un extranjero á Venecia, sin que sus primeros momentos, despues de practicar las mas perentorias diligencias, no los consagre á visitar el convento de los mecharistas. Su recepcion siempre es llevada á cabo con la mas seductora afabilidad y sin igual cortesia, cualesquiera que sea su pais y religion. Hé aqui finalmente, y para mayor corroboracion de lo que acabamos de decir, cómo se espresa sobre este punto uno de los mas ilustres escritores de nuestro siglo, lord Byron, el célebre cantor de la nebulosa Albion: «A mi llegada á Venecia en el año de 1846, no pude menos de sentirme bastante conmovido, de cuyo sentimiento deberán indudablemente participar cuantos viajeros visitan aquel recinto, al ver la sociedad del convento de San Lázaro, que parece reunir en si todas las ventajas de una institucion religiosa. Su esmerado asco, la sencillez, el buen gusto, la piedad sin afectacion, y las nobles virtudes de aquellos religiosos, todo aquel conjunto, en fin, es el mas apropiado para llamar la atencion del hombre de mundo, y convencerle de que allí existe un genero de vida mil veces mejor que la del proceloso cortesano.»

J. A. DE E.

### ENSEÑANZA DE LOS SORDO-MUDOS.

Por poco que se haya estudiado la anatomía de la cabeza en particular, se sabe que la mudéz es una consecuencia de la sordera; porque existe entre los órganos de la palabra y los del oído una correspondencia tal, que el sonido de una palabra desconocida no puede herir al oído, sin que el órgano destinado á repetir este sonido sienta una conmocion, y así debe ser para producir efecto. Nosotros no somos naturalmente mas que ecos unos de otros, y esto es de una verdad maravillosa en los niños. Todos los hombres nacen mudos; pero como no son sordos, aprenden fácilmente á hablar, á medida que el órgano de la palabra va adquiriendo juego y consistencia. Los niños saben muchas cosas que nadie les ha enseñado, y es la naturaleza que hace los primeros gastos de su instruccion, debida á la admirable correspondencia entre el oído y el órgano de la voz y al instinto de imitacion que nos hace proferir sonidos por lo mismo que los hemos oído proferir á otros, y que han presentado á nuestra vista los objetos ó acciones á que se refieren las ideas espresadas por los sonidos; porque sonidos que solo hiciesen ruido y que obrasen solo en el órgano del oído, sin llevar

nada al entendimiento, no harian en el niño ninguna impresion y solo se anima cuando entiende el significado de la palabra y empieza á comunicar con nosotros.

Hay dos cosas muy esenciales que distinguir en la palabra, la *pronunciacion*, que podemos mirar como la parte material del lenguaje ó su cuerpo, y la *significacion*, que es el alma ó la parte intelectual del discurso. La union intima de estas dos cosas es indispensable, y á primera vista el mismo grado de perfeccion requiere la una que la otra. ¿Cómo articular sonidos, si el órgano que para ello hace falta no tiene la flexibilidad y aptitud necesarias, y como la ha de tener, si paralizado por la inaccion de otro órgano, tiene la torpeza consiguiente á la falta de ejercicio? ¿Cómo fijar ideas á palabras que por si mismas no significan nada, si el órgano admirable destinado á recibir, combinar y modificar las sensaciones, que escitan los sonidos articulados, no está en el estado de vigor y de actividad perpétua, que supone y exige una funcion de esta naturaleza?

En el estado ordinario de las cosas, todo el mérito de un profesor (y este mérito es todavia prodigiosamente raro) consiste en formar y dirigir las facultades intelectuales, ejercitándolas y poniendo por obra los materiales del pensamiento: es decir, las sensaciones que escitan ideas. Pero estas sensaciones son comunicadas á el alma por órganos perfectamente sanos, las impresiones que reciben, no son alteradas por causa ninguna, y si acaso se turban y confunden en el entendimiento y resultan juicios falsos, la experiencia y la reflexion corrigen fácilmente estos errores.

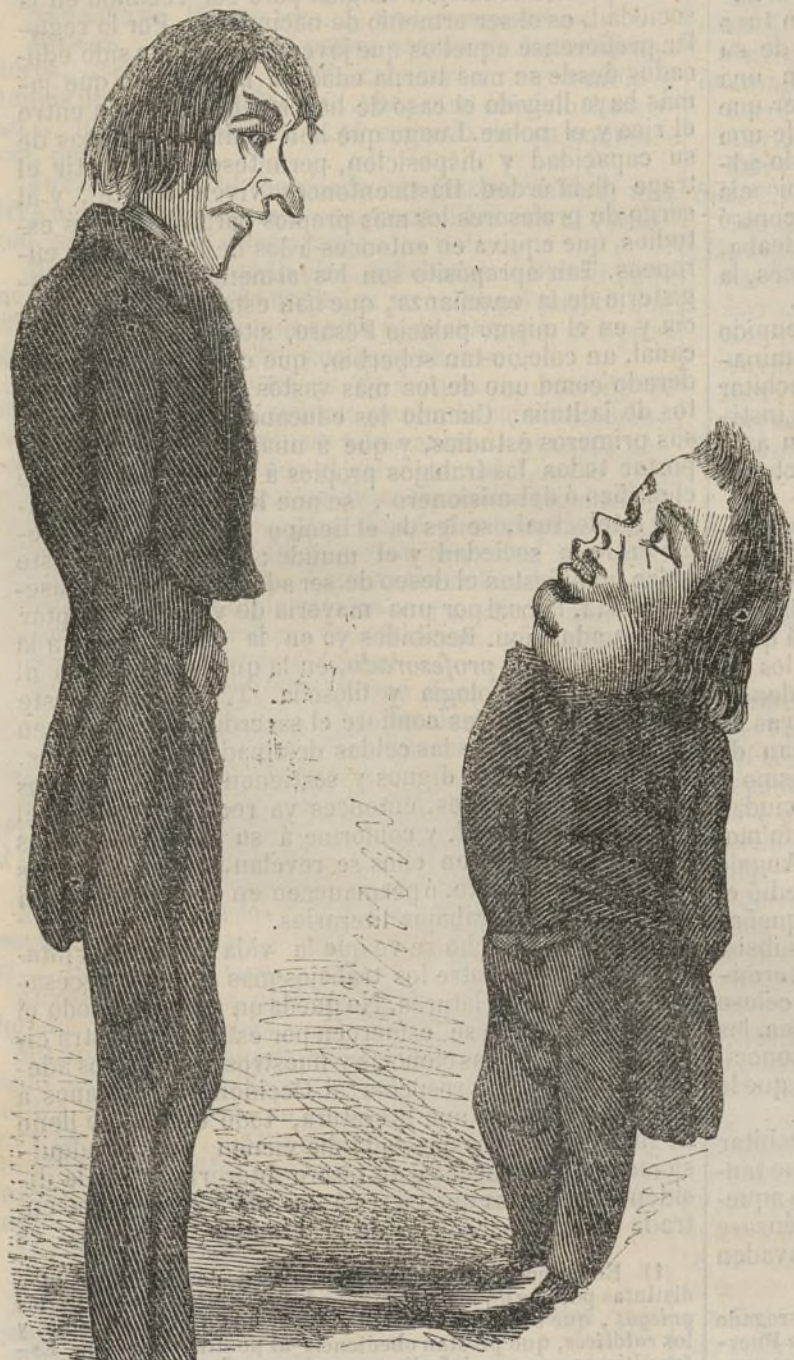
Aquí al contrario, todas las avenidas del alma están cerradas: todos sus medios de comunicacion interrumpidos; se trata de establecer comunicaciones que nunca han existido, de abrir y practicar caminos donde nunca los hubo, de llegar, en fin, al través de mil obstáculos, á la especie de fortaleza en que el alma inaccesible parece burlar todos los esfuerzos y desafiar todas las tentativas del arte.

Si no se tratase, en efecto, mas que de ideas casi materiales, de estos objetos de imitacion diaria, que son mas bien de instinto que de reflexion, se concebiria una parte del prodigio. Se sabe que la naturaleza ha compensado á estos infelices la pérdida de un sentido por mayor perfeccion en los que les ha dejado, que suple el defecto de oído y de palabra por la exactitud del golpe de vista y la delicadeza del tacto; pero he aquí los únicos instrumentos que ofrece al profesor, y aun estos sujetos á muchos errores. ¿Por qué arte maravilloso llegará á estender el uso de estos sentidos á cosas que no pueden ejercer accion sobre ellos, y á que sean vehiculos de sensaciones que nunca les han pertenecido?

¿Cómo enseñar á sordo-mudos de nacimiento á enlazar ideas con miradas, signos y ademanes que por si mismos no tienen ni mas ni menos relacion con ellas, que los sonidos establecidos para comunicacion mútua de nuestros pensamientos? ¿Cómo enseñarles á unir la idea de todos los números posible á nueve ó diez signos, cuya significacion varia tan prodigiosamente en razon de sitio que ocupan; enseñarles las reglas de aritmética que suponen necesariamente la nocion de la unidad indivisible; los elementos de geometría, que suponen la nocion de las líneas y figuras, la historia sagrada y profana, la religion y la moral, que suponen la idea de un Ser supremo y una regla de las costumbres.

Los sordo-mudos, sin embargo, saben todo esto y aun lo enseñan á otros desgraciados. Semejantes maravillas están fuera del alcance comun, y el arte que las esplica seria casi tan prodigioso como el que las hace. ¿Qué estudio profundo del hombre y de sus facultades, supone la tarea tan difícil como gloriosa de volver á la naturaleza seres que habia bosquejado apenas; y restablecer en el rango sublime que el hombre tiene en la creacion, á unos infelices que su condicion reduce casi al nivel del bruto! ¿Cuántas experiencias ha sido preciso reiterar, y cuántos signos aventurar antes de encontrar medios exactos de comunicacion para dar ideas de lo que puede ser objeto de nuestra reflexion y alimento del pensamiento! ¿Qué trabajos inmensos para simplificar esta lengua sublime y conducirla insensiblemente hasta espresar las ideas mas abstractas, y resolver los problemas mas complicados! Aquí sucumbe la admiracion agotada; busca en vano términos para espresarse, y concluye prosternándose en silencio delante del autor primero de este gran prodigio, y delante de los genios benéficos que son dignos depositarios de este ramo interesante é ignorado de instruccion.

Todas estas observaciones nos las ha sugerido el anuncio del primer periódico dedicado en España á la educacion de una clase tan desgraciada: la *Revista de la enseñanza de los sordo-mudos y de los ciegos*, publicada por don J. M. Ballesteros, subdirector, y don F. F. Villabril, primer profesor del Colegio de Sordo-mudos y de los ciegos de esta capital. El objeto de dicho periódico es el de estender los beneficios de la educacion á todos los mudos y los ciegos, popularizando la enseñanza y divulgando las instrucciones necesarias para que los maestros en general y los padres ó interesados de los sordo-mudos y de los ciegos puedan empezar con fruto la educacion de estos desgraciados. Proporcionar á todo el mundo los medios para entrar en comunicacion con ellos, es el único medio de allanar esa barrera que los separa del resto de la sociedad, desvaneciendo antiguas preocupaciones, y es tambien el mas eficaz para mejorar su estado moral é intelectual. Hasta ahora los números de la *Revista*, tanto en las variadas materias que contienen, como en la parte material y en las láminas que los adornan, no desmerecen del noble objeto que sus autores se han propuesto al difundir entre los sordo-mudos y los ciegos el inestimable beneficio de una educacion apropiada á sus necesidades.



—Hasta ahora no me he afiliado en ningún partido,  
—Pues yo soy socialista, porque sus doctrinas á todos nos dejan iguales.

### ESPECTÁCULOS.

Los días lúgubres de silenciosa contemplacion han sucedido á los bulliciosos y animados á que naturalmente se entrega el pueblo de Madrid. Se han cerrado todos los coliseos despidiéndose, aunque por breve plazo, de la manera mas digna. El teatro Español se anticipó á todos ellos pero creemos ver su reaparicion muy pronto. El teatro del Drama ha dado últimamente algunas funciones variadas, acompañadas de bailables españoles ejecutados por algunas notabilidades conocidas ventajosamente en este género. El coliseo del Instituto, ha hecho su despedida con *El Agente de policía*, comedia en la cual demuestra el señor Arjona su indisputable talento, y donde cada vez es mas aplaudido. *El tío Carando en las máscaras*, con que termina la funcion es una pieza, entre mes, zarzuela, ó cosa parecida, en la que el señor Dardalla nos hizo reir en gran manera y en la que la joven Fanny tomó mucha parte en los bailables, y alguna en el recitado. Dijo varias palabras pertenecientes á la terminologia andaluza gitanesca, con un acento andaluz tan marcado que no pudo menos de ser muy aplaudida.

En Variedades se ha verificado el beneficio del señor don Julian Romea: la concurrencia que asistió dicha noche al espresado coliseo, fué numerosa y escogida. *Teatro de la ópera cómica*... en paz descanse. Pero la Pascua de Resurreccion no está distante, y todos los teatros de la corte preparan novedades con que complacer al público, que acude siempre solícito y presuroso á esta clase de diversiones, de donde los aleja por una semana los sagrados ejercicios tan propios de la Semana Santa.

*Camino de hierro de Madrid á Aranjuez y de Aranjuez á Madrid*.—Cada día se ven mas concurridos los embarcaderos; cada día se advierte mas animacion y mas deseos de transitar al vapor por esta ruta. Aranjuez se ve diariamente muy concurrido, y se necesitan esfuerzos casi sobrehumanos para adquirir un billete de regreso. No falta quien asegure que se recaudan mas de cincuenta mil reales diarios en los despachos de billetes.

### LOGOGRIFO.



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipografico, calle de Santa Teresa, núm. 8